

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

100

JOSE MARTI
SIMON BOLIVAR



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM

JOSE MARTI
SIMON BOLIVAR



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Facultad de Filosofía y Letras
UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

José Martí (cf. *Latinoamérica* 7). La Revolución Cubana ha reconocido en José Martí al padre de su nacionalidad y a Bolívar como el abuelo de esa misma nacionalidad y padre de la unidad de los pueblos latinoamericanos. Martí, por su lado, ha encontrado las raíces de esta nuestra América en la obra del gran libertador. Una obra libertaria de la cual se consideró a Martí continuador, así como la Revolución cubana se considera continuadora de la obra de Martí y de Bolívar. Y con ello la necesidad de llevar, hasta sus últimas consecuencias la liberación de esta América. Ahí se publican varios discursos de Martí sobre el Libertador Simón Bolívar. Mostrando que él ha representado y representa en la renovada acción libertadora de esta América.

A las amargas palabras de Bolívar en el lecho de su muerte “vámonos de aquí que nos echan” y a su pregunta ¿a dónde iremos? contesta Martí “Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos” “¡A la justicia de los pueblos!” A la continuación de una obra que no puede quedar troncada. Allá arriba dice Martí, está Bolívar, “en el cielo de América, vigilante y ceñudo... calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacerse está hasta hoy; porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!” Martí se considera continuador de esta hazaña la cual ha de concluir en una tarea que llega a nuestros días, para alcanzar su plena realización.

LA FIESTA DE BOLÍVAR EN LA SOCIEDAD LITERARIA HISPANOAMERICANA

La América, al estremecerse al principio de siglo desde las entrañas hasta las cumbres, se hizo hombre, y fue Bolívar. No es que los hombres hacen los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre. A veces está el hombre listo y no lo está su pueblo. A veces está listo el pueblo y no aparece el hombre. La América toda hervía: venía hirviendo de siglos: chorreaba sangre de todas las grietas, como un enorme cadalso, hasta que de pronto, como si de debajo de la tierra los muertos se sacudieran el peso odioso, comenzaron a bambolear las montañas, a asomarse los ejércitos por las cuchillas, a coronarse los volcanes de banderas. De entre las sierras sale un monte por sobre los demás, que brilla eterno: por entre todos los capitanes americanos, resplandece Bolívar. Nadie lo ve quieto, ni él lo estuvo jamás. A los diecisiete años ya escribe, pidiendo a su novia, como un senador, y de la primera frase astuta descabeza la objeción que le pudiera hacer el suegro prócer; poco antes de caer de su fogosa monocracia al triste tamarindo de San Pedro, de la lava del poder al delirio de la muerte, escribía a menudo a un general para que herrase los caballos de este modo o de aquel y les bañara los cascos con cocuiza, y a otro le dice, en carta larga y sutil, que aproveche para su objeto, para hacer una república del Alto Perú, todos los recursos y todas las pasiones: con Olmedo se cartea muy por lo fino, quitándole o poniéndole al canto de Junín, como pudiera el más gallardo crítico: y de nervudo análisis, escueto y audaz, hay pocas muestras como su memoria, un tanto malhumorada, de las causas por que cayó la primera república de Venezuela. Pero la naturaleza del hombre, como la América en su tiempo, era el centelleo y el combate: andar, hasta vencer: el que anda, vence.

Ese es el Bolívar que el gallardo Cova eligió para su estatua: no el que abatió huestes, sino el que no se envaneció por haberlas abatido; no el dictador omnímodo, sino el triunfador sumiso a la voluntad del pueblo que surgió libre, como un águila de un monte de oro, del pomo de su espada; no el que vence, avasalla, avanza, perdona, fulmina, rinde; sino el que, vestido de ropas de gala, en una hora dichosa de

tregua, el alma inundada de amores grandiosos y los oídos de vítores amantes, fue a devolver, sin descalzarse —porque aún no había míseros— las botas de montar, la autoridad ilimitada que le había concedido la República. En torno suyo aparecieron aquella vez las muchedumbres como deslumbradas, y los hombres ilustres noblemente postrados. De pie ante su pueblo; acariciando la espada fecunda; en la mano la memoria de su gobierno; en la faz la ventura que da el sentirse amado y la tristeza que inspira el miedo de llegar a no serlo, dio cuenta espontánea Bolívar de su dictadura a la Asamblea popular, nacida, como la América nueva, de su mente. Nada fatigó tanto a Bolívar, ni lo entristeció tanto, como su empeño férvido, en sus tiempos burlado, de despertar a todo su decoro los pueblos de la América naciente; sólo les tomó las riendas de la mano cuando le pareció que las dejaban caer a tierra. Ya, para aquel 2 de enero, dormía sobre almohadas de plumas que no vuelan el humilde comandante de Barranca. De un golpe de su mano había surgido ya Nueva Granada, y Venezuela de otro. Por sobre Correa enemigo, por sobre Castillo envidioso, por sobre Briceno rebelde, por sobre Monteverde confuso, entra en Cúcuta, abraza en Niquitao al glorioso Ribas, enfrena al adversario en los Taguanes, llora a Girardot en Bálbula, mueve el brazo vencedor de d'Elhuyar en las trincheras, de Campo Elías en Calabozo, de Villapol en Araure, ¡y baja un momento a contar a la madre Caracas sus victorias, mientras piafa a la puerta, penetrado del maravilloso espíritu de su jinete, el caballo que ha de llevarlo al Ecuador, al Perú, a Bolivia!

Y así habló, en el instante de reposo que Cova con su solemne estatua conmemora; habló como quien de tanto venía, y a tanto iba; habló, no como quien se ciñe corona, sino como quien las forja y regala y no quiere para su frente más que la de luz que le dio Naturaleza. No hablaba Bolívar a grandes periodos, sino a sacudidas. De un vuelo de frase, inmortalizaba a un hombre; de un tajo de su palabra, hendía a un déspota. No parecían sus discursos collares de rosas, sino haces de ráfagas. Cuando dice ¡libertad!, no se ve disfraz de hambres políticas, ni trama encantada que deslumbra turbas, sino tajante que hunde yugos, y sol que nace.

La cabeza de bronce de Cova parece que encaja aún sobre los hombros del que la llevó viva. ¡Oh, cabeza armoniosa! La frente, noblemente inflamada, se alza en cúpula; al paso de los pensamientos se ha plegado; al fuego de aquella alma se ha encogido; súrcanla hondas arrugas. En arco

se alzan las cejas, como cobijando mundos. Tiene fijos los ojos, más que en los hombres que lo oyen, en lo inmenso, de que vivió siempre enamorado. Las mejillas enjutas echan fuera el labio inferior, blando y grueso, como de amigo de amores, y el superior, contraído, como de hombre perpetuamente triste. La grandeza, luz para los que la contemplan, es horno encendido para quien la lleva, de cuyo fuego muere.

El rostro de bronce, como el de Bolívar aquel día, está bañado de expresión afable; sentirse amado fortalece y endulza. La estatua entera, noblemente compuesta, descansa con la modesta arrogancia de un triunfador conmovido sobre su pedestal desnudo de ornamentos; quien lo es de un continente, no los necesita.

Tiene este bronce tamaños monumentales, pero ni la seductora cabeza perdió con ellos gracia, ni corrección ni proporción el cuerpo. Si algo difícil tiene la escultura, es una estatua en reposo; apenas hay poetas, ya hagan versos en piedra, en lienzo o en lenguaje, que acierten a expresar la perfecta belleza de la calma, que parece divina y negada al corazón atormentado, a la mente ofuscada y a las manos nerviosas de los hombres

El alto cuerpo, vestido de gala marcial, se yergue sin embarazo ni dureza; el brazo derecho, que, por el uniforme de aquellos años épicos, parece enjuto, se tiende hacia el Senado, atento, que llenaba el día 2 de enero el patio de San Francisco; el izquierdo cae, como para sacar fuerzas del descanso, sobre el sable de fiesta; medalla de honor le cuelga al pecho; las piernas, siempre desgarradas e innobles, no lo son esta vez, y las rematan, muy bien plegadas, botas de batallar; la mano que empuña el sable invita a acariciarla y a saludar al escultor; la que empuña el papel enrollado acaba airosamente, y con riqueza de detalles, el brazo derecho. El cuello encaja bien entre los duros entorchados. De lado ofrece el bronce un buen tipo de hermosura marcial. De espalda, oportuno pilar sobre el que cae la capa de combate en gruesos pliegues, oculta la que, con la casaca y ajustado pantalón que eran de uso en el alba del siglo, hubiera podido parecer menguada porción del cuerpo de tal héroe. El dorso se encorva gallarda y firmemente.

Y la cabeza, armoniosísima, sonrío.

Tal es la estatua hermosa que en cuatro meses de obra, apenado e inquieto, sin dar sueño a los ojos, ni sacar de la masa las manos, ha trabajado sin ayuda, en un cuarto de tres varas en cuadro, Rafael de la Cova, genioso escultor venezolano, devorado de una sed que mata, pero que lleva

a la gloria: la sed de lo grande.

La América. Nueva York, junio de 1883

2

EL CENTENARIO DE BOLÍVAR

Así como hacendosa dueña de casa interrumpe con gusto sus labores cuando recibe visita de su padre, así *La América*, exclusivamente consagrada a avivar el amor a la agricultura, promover las facilidades del comercio y estimular la fabricación, deja un momento en reposo sus usuales asuntos para tomar nota breve de la fiesta con que los hispanoamericanos de Nueva York celebraron, con elevación de pensamiento y majestad de forma dignas de él, el centenario de Bolívar. Artes e industria deben bajar a tierra sus aperos, como los soldados las armas, al paso del caudillo singular y magnánimo que aseguró al comercio del mundo y a la posesión fructífera de los hombres libres el suelo en que florecen.

Ni reseña es ésta que hacemos, por no permitirnosla extensa el espacio que nos falta, ni la naturaleza de *La América*, a la cual sus columnas vienen siempre cortas para las novedades de su ramo, de que quiere tener impuestos a sus lectores.

Nunca con más gozo se reunieron tantos hombres entusiastas y distinguidos. No fueron, como otras veces a menores fiestas, llegando lentamente los invitados perezosos; sino que, a la hora del convite, ya estaban llenos los salones de gala de Delmónico, como si a los concurrentes empujase espíritu enardecido y satisfecho, de representantes de nuestras Repúblicas, de hombres de nota de Nueva York, de entusiastas jóvenes, de escritores y poetas de valía; notábase que en la fiesta nadie andaba solo, ni triste, ni encogido; parecía que se juntaban todos a la sombra de una bandera de paz, o que una inmensa ala amorosa, tendida allá en el cielo de la espalda que sustenta un mundo, cobijaba a los hombres alegres. Por los salones, llenos de flores, palmas y banderas, andaban en grupos, hermanando de súbito, hombres de opuestos climas, ya unidos por la fama. Peón Contreras, de México, de cuyo cerebro saltan dramas como saltan chispas de la hoja de una espada en el combate, iba del brazo de Juan Antonio Pérez Bonalde, levantado y animoso, al encuentro de Miguel Tejera, poeta de vuelo, estudioso leal y feliz decidor de nuestra historia, y hecho a exámenes de límites y ciencias graves. El caballero Carran-

za, que con sus talentos sirve y con su encendido corazón patriótico ama a su próspera patria, la impetuosa Buenos Aires, cruzaba manos con Adolfo de Zúñiga, distinguido hondureño, que habla y escribe de manera que parece que le esmalta la pluma y le calienta el pecho el más brillante sol americano. Por todas partes andaba, justísimamente celebrado por el noble pensamiento con que inició la fiesta, y la discreción, energía y fortuna con que le dio remate, el señor Lino de Pombo, el cónsul de Colombia, que es digno de su patria y de su nombre. Ver al arrogante ministro Estrázulas, cuya palabra ferviente y alma generosa gana almas, era como ver aquellas majestuosas selvas, invasores ríos, dilatadas campiñas del Uruguay, su altiva patria. Hablábase en todos los grupos del señor Marco A. Soto; mas no con distingos y a retazos, como es uso hablar de gentes de gobierno; sino con cierto orgullo y cariño, como si fuera victoria de todos lo que este joven gobernante alcanza, sobre los años, de quien no ha necesitado venia para dar prendas de desusado tacto y juicio sólido; y sobre las dificultades que, como evocadas a la sombra del Gobierno, surgen al paso de los que rigen pueblos no bien habituados aún al manejo de sí propios. Cerca de él recibían celebraciones, por el empeño desusado con que le secundaron, el benévolo y caballeroso señor Tracy, cónsul del Perú; Spies, entusiasta, del Ecuador; don Jorge A. Philips, cónsul de Venezuela; Obarrio, buen cónsul de Bolivia. No lejos andaban, saludados por todos, un orador y un poeta, hijos afamados de Cuba: Antonio Zambrana, de nombre ilustre, que él aún enaltece; José Joaquín Palma, de lira armoniosísima, cuyos versos parecen, si de dolor, pálidos lirios; si de ternuras, frutas de ricas mieles. Es lira orfeica, de la que ya no se oye. Y la de Zambrana, palabra magistral y serenísima, que anda en cumbres.

Bruscamente hemos de rasgurar esta reseña. En mesa suntuosa, que llenaba la sala magna de Delmónico, profusamente adornada de banderas, oculta entre las cuales solía entonar las marchas de batalla e himnos de gloria una animada banda, se sentó como un centenar de hombres de América. Alegría es poco; era júbilo; júbilo cordial, expansivo, discreto. Presidía, como quien para presidir nació, Don Juan Navarro, con aquella fácil palabra, tacto exquisito y cultos modos que dan fama a los hombres de México. Y llegada la hora de los brindis, que otros diarios más venturosos que *La América* reseñan, adivinábase ¡qué más pudiera decirse, ni es necesario decir! que del Bravo al Plata no hay más que un solo pueblo. ¡Con qué elegancia y se-

ñorial manera contestó, en robustos periodos, el poeta Pérez Bonalde, fraternalmente amado por los hispanoamericanos de Nueva York, al brindis de Bolívar! ¡Con qué fervor, como de hijos que ven bien honrado al padre, aplaudían los comensales al cónsul Egleson, a quien la alta palabra no es extraña, cuando, hablando en nombre de la ciudad de Nueva York, como el colector Robertson acababa de hablar por los Estados Unidos apropiadamente, llamó a Washington el Bolívar de la América del Norte! ¡Con qué cariñosa atención fueron oídas las palabras sobrias, elevadas, galanamente dispuestas, con que al brindis por la América española respondió el Presidente Soto! Parecía aquel banquete, de Pombo nacido y por él y los cónsules de todas las repúblicas de Bolívar en breves días realizado, no fiesta de hombres diversos, en varias ocupaciones sociales escogidos y de edades varias, sino de hombres de Estado. Regocijaba ver juntos, como mañana a sus pueblos, a tanto hijo de América, que con su cultura, entusiasmo viril y nobles prendas de hombre le adornan. Eso fue la fiesta: anuncio. Eso ha sido en toda la América la fiesta. ¡Oh!, ¡de aquí a otros cien años, ya bien prósperos y fuertes nuestros pueblos, y mucho sde ellos ya juntos, la fiesta que va a haber llegará al Cielo!

Y otros hablaron luego. De España, trajo saludos a los países hispanoamericanos el señor Suárez Blanes. Por la prensa, leyó oportuno y caluroso brindis el señor José A. García, que dirige *Las Novedades*. De Colombia se oyó una voz simpática de joven: la del señor Zuleta. De México, ¡qué lindo romance escribió sobre la lista del banquete, y leyó entre coros de aplausos, Peón Contreras! Por San Martín y los bravos de los Andes vaciaron todos sus copas, movidos sin esfuerzo por las filiales y fervientes palabras del cónsul Carranza. Por el Brasil, dijo cosas de nota y de peso el caballero Mendonça, culto representante del Imperio. Cuba tuvo allí hijos: brindó Zambrana, en párrafos que parecían estrofas, por el encendramiento y mejora de las instituciones republicanas en América; y como quien engarza una joya en una corona, improvisó admirables décimas José Joaquín Palma. El mismo redactor de *La América*, llamado a responder al brindis "por los pueblos libres", tuvo algunas palabras que decir.

Y por sobre todo, y en todo, un espíritu de amor, una fervorosa cordialidad, una admirable discreción, una tan señalada ausencia de cuanto pudiera haber sido tomado a intereses de bandería, ni a halagos a gobernantes, ni a re-

bajamientos de súbdito, que de veras dejaron alto el nombre de hijo de tierra de América y pusieron la fiesta codos por encima de los banquetes de usanza vulgar.

No fue de odiadores, ni de viles, sino de hombres confiados en el porvenir, orgullosos del pasado, enérgicos y enteros.

La América, Nueva York, agosto de 1883

Señoras, señores:

Con la frente contrita de los americanos que no han podido entrar aún en América; con el sereno conocimiento del puesto y valer reales del gran caraqueño en la obra espontánea y múltiple de la emancipación americana; con el asombro y la reverencia de quien ve aún ante sí, demandándole la cuota, a aquél que fue como el samán de sus llanuras, en la pompa y generosidad, y como los ríos que caen atormentados de las cumbres, y como los peñascos que vienen ardiendo, con luz y fragor, de las entrañas de la tierra, traigo el homenaje infeliz de mis palabras, menos profundo y elocuente que el de mi silencio, al que desclavó del Cuzco el gonfalon de Pizarro. Por sobre tachas y cargos, por sobre la pasión del elogio y la del denuesto, por sobre las flaquezas mismas, ápice negro en el plumón del cóndor, de aquel príncipe de la libertad, surge radioso el hombre verdadero. Quema, y arroba. Pensar en él, asomarse a su vida, leerle una arenga, verlo deshecho y jadeante en una carta de amores, es como sentirse orlado de oro el pensamiento. Su ardor fue el de nuestra redención, su lenguaje fue el de nuestra naturaleza, su cúspide fue la de nuestro continente: su caída, para el corazón. Dícese Bolívar, y ya se ve delante el monte a que, más que la nieve, sirve el encapotado jinete de corona, ya el pantano en que se revuelven, con tres repúblicas en el morral, los libertadores que van a rematar la redención de un mundo. ¡Oh, no! En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella: ¡de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño, y la tiranía descabezada a los pies...! Ni a la justa admiración ha de tenerse miedo, porque esté de moda continua en cierta especie de hombres el desamor de lo extraordinario; ni el deseo bajo del aplauso ha de ahogar con la palabra hinchada los decretos del juicio; ni hay palabra que diga el misterio y fulgor de aquella frente cuando en el desastre de Casacoima, en la fiebre de su cuerpo y la soledad de sus ejércitos huidos, vio claros, allá en la cresta

de los Andes, los caminos por donde derramaría la libertad sobre las cuencas del Perú y Bolivia. Pero cuanto dijéramos, y aun lo excesivo, estaría bien en nuestros labios esta noche, porque cuantos nos reunimos hoy aquí, somos los hijos de su espada.

Ni la presencia de nuestras mujeres puede, por temor de parecerles enojoso, sofocar en los labios el tributo; porque ante las mujeres americanas se puede hablar sin miedo de la libertad. Mujer fue aquella hija de Juan de Mena, la brava paraguaya, que al saber que a su paisano Antequera lo ahorcaban por criollo, se quitó el luto del marido que vestía, y se puso de gala, porque “es día de celebrar aquél en que un hombre bueno muere gloriosamente por su patria”; —mujer fue la colombiana, de saya y algodón, que antes que los comuneros, arrancó en el Socorro el edicto de impuestos insolentes que sacó a pelear a veinte mil hombres; —mujer la de Arismendi, pura cual la mejor perla de la Margarita, que a quien la pasea presa por el terrado de donde la puede ver el esposo sitiador, dice, mientras el esposo riega de metralla la puerta del fuerte: “jamás lograréis de mí que le aconseje faltar a sus deberes”; —mujer aquella soberana Pola, que armó a su novio para que se fuese a pelear, y cayó en el patíbulo junto a él; —mujer Mercedes Abrego, de trenzas hermosas, a quien cortaron la cabeza porque bordó, de su oro más fino, el uniforme del Libertador; —mujeres, las que el piadoso Bolívar llevaba a la grupa, compañeras indómitas de sus soldados, cuando a pechos juntos vadeaban los hombres el agua enfurecida por donde iba la redención a Boyacá, y de los montes andinos, siglos de la naturaleza, bajaban torvos y despedazados los torrentes.

Hombre fue aquél en realidad extraordinario. Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado a quien quería, y manda que todo cese a su alrededor. Enclenque, en lo que anda el posta más ligero barre con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife a Cúcuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta, y es bruma y lobreguez el valle todo; y a tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado y otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores. Como los montes era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado,

como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le ve golpeando, con el sable de puño de oro, en las puertas de la gloria. Cree en el cielo, en los dioses, en los inmortales, en el dios de Colombia, en el genio de América, y en su destino. Su gloria lo circunda, inflama y arrebatada. Vencer ¿no es el sello de la divinidad? ¿vencer a los hombres, a los ríos hinchados, a los volcanes, a los siglos, a la naturaleza? Siglos ¿cómo los desharía, si no pudiera hacerlos? ¿no desata razas, no desencanta el continente, no evoca pueblos, no ha recorrido con las banderas de la redención más mundo que ningún conquistador con las de la tiranía, no habla desde el Chimborazo con la eternidad y tiene a sus plantas en el Potosí, bajo el pabellón de Colombia picado de cóndores, una de las obras más bárbaras y tenaces de la historia humana? ¿no le acatan las ciudades, y los poderes de esta vida, y los émulos enamorados o sumisos, y los genios del orbe nuevo, y las hermosuras? Como el sol llega a creerse, por lo que deshiela y fecunda, y por lo que ilumina y abrasa. Hay senado en el cielo, y él será, sin duda, de él. Ya ve el mundo allá arriba, áreo de sol cuajado, y los asientos de la roca de la creación, y el piso de las nubes, y el techo de centellas que le recuerden, en el cruzarse y chispear, los reflejos del mediodía de Apure en los rejones de sus lanzas: y descienden de aquella altura, como dispensación paterna, la dicha y el orden sobre los humanos.— ¡Y no es así el mundo, sino suma de la divinidad que asciende ensangrentada y dolorosa del sacrificio y prueba de los hombres todos! Y muere él en Santa Marta del trastorno y horror de ver hecho pedazos aquel astro suyo que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria de ser útil, que sin cesar le crece, y es divina de veras, y corona que nadie arranca de las sienas, con el mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito u osadía lo anhelan para sí, o estéril triunfo de un bando sobre otro, o fiel inseguro de los intereses y pasiones, que sólo recae en el genio o la virtud en los instantes de suma angustia o pasajero pudor en que los pueblos, enternecidos por el peligro, aclaman la idea o desinterés por donde vislumbran su rescate. Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!

América hervía, a principios del siglo, y él fue como su horno. Aún cabecea y fermenta, como los gusanos bajo

la costra de las viejas raíces, la América de entonces, larva enorme y confusa. Bajo las sotanas de los canónigos y en la mente de los viajeros próceres venía de Francia y de Norteamérica el libro revolucionario, a avivir el descontento del criollo de decoro y letras, mandado desde allende a horca y tributo; y esta revolución de lo alto, más la levadura rebelde y en cierto modo democrática del español segundón y desheredado, iba a la par creciendo, con la cólera baja, la del gaucho y el roto y el cholo y el llanero, todos tocados en su punto de hombre: en el sordo oleaje, surcado de lágrimas el rostro inerme, vagaban con el consuelo de la guerra por el bosque las majadas de indígenas, como fuegos errantes sobre una colosal sepultura. La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando: —¡ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma!— Así, en las noches amorosas de su jardín solariego de San Jacinto, o por las riberas de aquel pintado Anauco por donde guió tal vez los pies menudos de la esposa que se le murió en flor, veía Bolívar, con el puño al corazón, la procesión terrible de los precursores de la independencia de América: ¡van y vienen los muertos por el aire, y no reposan hasta que no está su obra satisfecha! El vio, sin duda, en el crepúsculo del Avila, el séquito cruento...

Pasa Antequera, el del Paraguay, el primero de todos, alzando de sobre su cuello rebanado la cabeza: la familia entera del pobre inca pasa, muerta a los ojos de su padre atado, y recogiendo los cuartos de su cuerpo: pasa Tupac Amaru; el rey de los mestizos de Venezuela viene luego, desvanecido por el aire, como un fantasma: dormido en su sangre va después Salinas, y Quiroga muerto sobre su plato de comer, y Morales como viva carnicería, porque en la cárcel de Quito amaban a su patria; sin casa adonde volver, porque se la regaron de sal, sigue León, moribundo en la cueva: en garfios van los miembros de José España, que murió sonriendo en la horca, y va humeando el tronco de Galán, quemado ante el patíbulo: y Berbeo pasa, más muerto que ninguno, —aunque de miedo a sus comuneros lo dejó el verdugo vivo—, porque para quien conoció la dicha de pelear por el honor de su país, no hay muerte mayor que estar en pie mientras dura la vergüenza patria: ¡y, de esta alma india y mestiza y blanca hecha una llama sola, se envolvió en ella el héroe, y en la constancia y la intrepidez con ella; en la hermandad de la aspiración común juntó, al calor de la gloria, los compuestos desemejantes; anuló o frenó émulos, pasó el páramo y revolvió montes,

fue regando de repúblicas la artesa de los Andes, y cuando detuvo la carrera, porque la revolución argentina oponía su trama colectiva y democrática al ímpetu boliviano, ¡catorce generales españoles, acurrucados en el cerro de Ayacucho, se desceñían la espada de España!

De las palmas de las costas, puesta allí como para entonar canto perenne al héroe, sube la tierra, por tramos de plata y oro, a las copiosas planicies que acuchilló de sangre la revolución americana; y el cielo ha visto pocas veces escenas más hermosas, porque jamás movió a tantos pechos la determinación de ser libres, ni tuvieron teatro de más natural grandeza, ni el alma de un continente entró tan de lleno en la de un hombre. El cielo mismo parece haber sido actor, porque eran dignas de él, en aquellas batallas: ¡parece que los héroes todos de la libertad, y los mártires todos de toda la tierra, poblaban apiñados aquella bóveda hermosa, y cubrían, como gigante égida, el aprieto donde pujaban nuestras armas, o huían despavoridos por el cielo injusto, cuando la pelea nos negaba su favor! El cielo mismo debía, en verdad, detenerse a ver tanta hermosura: —de las eternas nieves, ruedan, desmontadas, las aguas portentosas: como menuda cabellera, o crespó vellón, visten las negras abras árboles seculares; las ruinas de los templos indios velan sobre el desierto de los lagos: por entre la bruma de los valles asoman las recias torres de la catedral española: los cráteres humean, y se ven las entrañas del universo por la boca del volcán descabezado: ¡y a la vez, por los rincones todos de la tierra, los americanos están peleando por la libertad! Unos cabalgan por el llano y caen al choque enemigo como luces que se apagan, en el montón de sus monturas; otros, rienda al diente, nadan, con la banderola a flor de agua, por el río crecido: otros, como selva que echa a andar, viene costilla a costillá, con las lanzas por sobre las cabezas; otros trepan un volcán, y le clavan en el belfo encendido la bandera libertadora. ¡Pero ninguno es más bello que un hombre de frente monstruosa, de mirada que le ha comido el rostro, de capa que le aletea sobre el potro volador, de busto inmóvil en la lluvia del fuego o la tormenta, de espada a cuya luz vencen cinco naciones! Enfrena su retinto, desmadejado el cabello en la tempestad del triunfo, y ve pasar, entre la muchedumbre que le ha ayudado a echar atrás la tiranía, el gorro frigio de Ribas, el caballo dócil de Sucre, la cabeza rizada de Piar, el dolmán rojo de Páez, el látigo desflecado de Córdoba, o el cadáver del coronel que sus soldados se llevan envuelto en la bandera. Yérguese en el estribo, suspenso como la naturaleza,

a ver a Páez en las Queseras dar las caras con su puñado de lanceros, y a vuelo de caballo, plegándose y abriéndose, acorrallar en el polvo y la tiniebla al hormiguero enemigo. ¡Mira, húmedos los ojos, el ejército de gala, antes de la batalla de Carabobo, al aire colores y divisas, los pabellones viejos cerrados por un muro vivo, las músicas todas sueltas a la vez, el sol en el acero alegre, y en todo el campamento el júbilo misterioso de la casa en que va a nacer un hijo! ¡Y más bello que nunca fue en Junín, envuelto entre las sombras de la noche, mientras que en pálido silencio se astillan contra el brazo triunfante de América las últimas lanzas españolas!

... Y luego, poco tiempo después, desencajado, el pelo hundido por las sienas enjutas, la mano seca como echando atrás el mundo, el héroe dice en su cama de morir: "¡José! ¡José! vámonos, que de aquí nos echan: ¿a dónde iremos?" Su gobierno nada más se había venido abajo, pero él acaso creyó que lo que se derrumbaba era la república; acaso, como que de él se dejaron domar, mientras duró el encanto de la independencia, los celos y personas locales, paró en desconocer, o dar por nulas o menores, estas fuerzas de realidad que reaparecían después del triunfo: acaso, temeroso de que las aspiraciones rivales le decorasen los pueblos recién nacidos, buscó en la sujeción, odiosa al hombre, el equilibrio político, sólo constante cuando se fía a la expansión, infalible en un régimen de justicia, y más firme cuanto más desatada. Acaso, en su sueño de gloria, para la América y para sí, no vio que la unidad de espíritu, indispensable a la salvación y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su unión en formas teóricas y artificiales que no se acomodaban sobre el seguro de la realidad: acaso el genio previsor que proclamó que la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus repúblicas, en cuanto a sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir, no pudo, por no tenerla en el redaña, ni venirle del hábito ni de la casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular, de la pelea de todos en abierta lid, que salva, sin más ley que la libertad verdadera, a las repúblicas: erró acaso el padre angustiado en el instante supremo de los creadores políticos, cuando un deber les aconseja ceder a nuevo mando su creación, porque el título de usurpador no la desluzca o ponga en riesgo, y otro deber, tal vez en el misterio de su idea creadora superior, les mueve a arrostrar por ella hasta la deshonra de ser tenidos por usurpadores.

¡Y eran las hijas de su corazón, aquellas que sin él se desangraban en lucha infausta y lenta, aquellas que por su magnanimidad y tesón vinieron a la vida, las que le tomaban de las manos, como que de ellas era la sangre y el porvenir, el poder de regirse conforme a sus pueblos y necesidades! ¡Y desaparecía la conjunción, más larga que la de los astros del cielo, de América y Bolívar para la obra de la independencia, y se revelaba el desacuerdo patente entre Bolívar, empeñado en unir bajo un gobierno central y distante los países de la revolución, y la revolución americana, nacida, con múltiples cabezas, del ansia del gobierno local y con la gente de la casa propia! “¡José! ¡José! vámonos, que de aquí nos echan: ¿a dónde iremos?”...

¿A dónde irá Bolívar? ¡Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos! ¡A esta casa amorosa, donde cada hombre le debe el goce ardiente de sentirse como en brazos de los suyos en los de todo hijo de América, y cada mujer recuerda enamorada a aquel que se apeó siempre del caballo de la gloria para agradecer una corona o una flor a la hermosura! ¡A la justicia de los pueblos, que por el error posible de las formas, impacientes, o personales, sabrán ver el empuje que con ellas mismas, como de mano potente en lava blanda, dio Bolívar a las ideas madres de América! ¿A dónde irá Bolívar? ¡Al brazo de los hombres para que defiendan de la nueva codicia, y del terco espíritu viejo, la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad! ¡A los pueblos callados, como un beso de padre! ¡A los hombres del rincón y de lo transitorio, a las panzas aldeanas y los cómodos harpagones, para que, a la hoguera que fue aquella existencia, vean la hermandad indispensable al continente y los peligros y la grandeza del porvenir americano! ¿A dónde irá Bolívar?... Ya el último virrey de España yacía con cinco heridas, iban los tres siglos atados a la cola del caballo llanero, y con la casaca de la victoria y el elástico de lujo venía al paso el Libertador, entre el ejército, como de baile, y al balcón de los cerros asomado el gentío, y como flores en jarrón, saliéndose por las cuchillas de las lomas, los mazos de banderas. El Potosí aparece al fin, roído y ensangrentado: los cinco pabellones de los pueblos nuevos, con verdaderas llamas, flameaban en la cúspide de la América resucitada: estallan los morteros a anunciar al héroe, —y sobre las cabezas, descubiertas de respeto y espanto, rodó por largo tiempo el estampido con que de cumbre en cumbre respondían, saludándolo, los montes. ¡Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco

de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas!

Patria, Nueva York, 4 de noviembre de 1893

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos
se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A.,
Avena 102, México 13, D. F. en septiembre de 1979.
Se tiraron 10,000 ejemplares.

TOMO IX:

81. Víctor Massuh, HOSTOS Y EL POSITIVISMO HISPANOAMERICANO. 82. J. Natalicio González, AMERICA EN EL MUNDO DE AYER Y DE HOY. 83. Eduard Kamau Brathwaite, LA CRIOLLIZACION EN LAS ANTILLAS DE LENGUA INGLESA. 84. José de San Martín, PROCLAMAS. 85. Luis Cardoza y Aragón, GUATEMALA. 86. José Enrique Varona, CUBA CONTRA ESPAÑA. 87. Luis Alberto Sánchez, EL PERUANO. 88. Waldo Frank, NECESITAMOS CREAR UN MUNDO NUEVO. 89. Leopoldo Zea, NEGRITUD E INDIGENISMO. 90. Mariano Picón Salas, AMERICAS DESAVENIDAS.

TOMO X:

91. Daniel Rodríguez, LOS INTELLECTUALES DEL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO EN LA DECADA DE 1890. 92. Antenor Orrego, LA CONFIGURACION HISTORICA DE LA CIRCUNSTANCIA AMERICANA. 93. Ernesto Mays Vallenilla, EL PROBLEMA DE AMERICA. 94. Bartolomé Mitre, LA ABDICACION DE SAN MARTIN. 95. Antonio Melis, MARIATEGUI, PRIMER MARXISTA DE AMERICA. 96. Carlos Arturo Torres, IDOLA FORI. 97. Pablo González Casanova, INDIOS Y NEGROS EN AMERICA LATINA. 98. Vicente Sáenz, PASADO, PRESENTE Y PORVENIR DE CENTRO AMERICA. 99. Mario Benedetti, EL ESCRITOR Y LA CRITICA EN EL CONTEXTO DEL SUBDESARROLLO.

**RECTOR**

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea.

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Leonel Pereznieta Castro

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

Lic. Elena Jeannetti Dávila

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

Dr. Efrén C. del Pozo.